

Julien RIES - Henri LIMET, *Les rites d'initiation (Actes du Colloque de Liège et de Louvain-la-Neuve, 20-21 novembre 1984)*, Centre d'Histoire des Religions, Université catholique, Louvain-la-Neuve 1986, 559 pp.

La religión hace referencia al o a lo trascendente, divino, realidad con la cual no es posible conectar en esta vida mediante una experiencia directa ni por conocimiento racional adecuado, no analógico. De ahí la importancia del símbolo en la vida religiosa en su doble vertiente: la verbal (mito) y la de los gestos-acciones (rito), si bien lo ritual casi siempre está entretelado con las palabras, lo mítico en el sentido no despreciativo de este término, que es el normalmente vigente en nuestros días. Uno de los ritos básicos es la mutación ontológica del sistema existencial del iniciado. Su vida cambia de plano, a saber, pasa de lo profano a lo sagrado, de lo natural a lo sobrenatural (iniciaciones específicamente religiosas), de lo común o abierto a todos al margen de su edad, sexo, formación, etc., a una comunidad o sociedad peculiar e inaccesible para muchos (iniciaciones en religiones étnico-políticas, las parareligiosas o de algunas sociedades secretas, las desacralizadas o secularizadas).

Esta obra (Actas del Coloquio celebrado en Lieja y en Lovaina) es sin duda la mejor introducción y exposición de las distintas iniciaciones. Está estructurada en once partes: I. Definición, hermenéutica, métodos y aspectos de la iniciación y de sus ritos (J. Ries, J. Vidal, M. Meslin, J. G. Simon) (pp. 11-128); II. Los ritos iniciáticos de Africa (A. Doutreloux, F. Rodegem) (pp. 129-160); III. Chamanismo e iniciación (R. Hamayon, K. Sass) (pp. 161-222); IV. La iniciación en la Mesopotamia antigua (D. Prévot, H. Limet) (pp. 223-254); V. En el hinduismo (M. Delahoutre, M. Defourny) (pp. 255-282); VI-VII. En las religiones helénicas, especialmente en las mistéricas (P. Wathelet, L. Bodson, A. Motte, Y. Vernière, M. Malaise, Ch-M. Ternes) (pp. 283-376); VIII. En el Islam (A. Martin, Ph. Marçais) (pp. 377-394); IX. En Qumran (J. Gilet) (pp. 395-412); X. En el Cristianismo (A. Houssian, J-P. Massaut) (pp. 413-454); XI. Termina con una recapitulación o conclusión (J. Ries) (pp. 455-490), dos trabajos (J. Loicq, J. Ries) en honor de Jacques Duchesne-Guillemin (pp. 491-502) y la sección bibliográfica (pp. 503-512) y de índices (pp. 513-559).

La confrontación de los datos engarzados en torno al rito iniciático de las distintas religiones, tal como se expone en esta obra, permite destacar unos cuantos rasgos definitorios de la iniciación, que es un fenómeno complejo y ambivalente, concentrado en un conjunto de ritos simbólicos y de enseñanzas ético-prácticas más o menos desarrolladas, que hacen pasar al iniciado a un estatuto ontológico, social y existencial nuevo. Hay

dos clases principales de iniciación por razón de su naturaleza, ámbito y destino: a) la prevalentemente social que introduce al iniciado en una colectividad étnico-política con sus tradiciones y cultura específicas, por ejemplo, la de los adolescentes en el grupo de adultos o de una profesión determinada (cazadores, etc.), ritos de paso existentes todavía en la Africa negra con diferentes modalidades, muchas de ellas también religiosas; b) la de índole religiosa o incorporación a una cofradía o a una religión esotérica o sometida a la ley del arcano, por ejemplo, las religiones místicas de los primeros siglos cristianos. Este segundo tipo de iniciación difiere del primero porque supone el paso de una vida natural, profana, a otra sacralizada, religiosa, y porque de ordinario tiene proyección escatológica, postmortal, en cuanto el ser iniciado influye en la subsistencia feliz del alma tras la muerte.

Por ello, el iniciado —ya en el chamanismo (p. 205) y en la antigua Mesopotamia (p. 244 s.)— es «el que sabe» mientras que el no iniciado es «el que no sabe», evidentemente, lo sabido mediante y a partir de la iniciación. Son dos fórmulas que proclaman el esoterismo de las iniciaciones y de los ámbitos en los cuales se entra por medio de ellas. De hecho el esoterismo se da en todas las sociedades, religiosas o no, a las que se llega mediante la iniciación, aunque el arcano —con ley o sin ella— no es originario ni esencial a las mismas. Los misterios helénicos o religiones místicas, por ejemplo, inicialmente no eran ocultaciones ni una especie de sociedades secretas. Ciertamente había algo oculto, pero era así por exigencias de su misma condición, marginal a la vida ordinaria. El «conocimiento» específico de los iniciados no era de signo meramente intelectual, mucho menos erudito ni especulativo. Se trata de un «conocimiento vivencial, experiencial», de un iniciarse en la vida en su doble vertiente, a saber, en esta vida (la social de los adultos, etc.) o la religiosa-escatológica.

La iniciación es como un segundo nacimiento. Así es llamada a veces. El iniciado «muere» (p. 341) y «renace» a un nuevo sistema socio-religioso, a una nueva vida. Es *dvija* = «nacido dos veces» en sánscrito (el hinduismo) (pp. 22, 257 ss.) (válido para los pertenecientes a las tres primeras castas, sobre todo para la primera, los brahmanes), un *renatus* = «renacido» por emplear la palabra de Apuleyo (*Metamorfosis* o *El asno de oro*, 11, 21), aplicada a los iniciados en los misterios de Isis de origen egipcio (p. 357 ss.), pero extendidos por toda la cuenca mediterránea durante los primeros siglos cristianos. Fuera de la férrea estructura de las castas indias «el guru o maestro (iniciador) está encinto cuando pone la mano derecha sobre su discípulo, y éste nace más tarde...» (palabras de una *Upa-*

*nisad*) (p. 261). El mismo alcance de un segundo nacimiento parece tener «la animación» de los chamanes (pp. 187 ss.). Aunque en un plano distinto, mediante el bautismo —sacramento de la iniciación cristiana—, el bautizado «muere al hombre viejo» y «renace del agua y del Espíritu Santo» (Io 3, 3 ss.). El nacimiento biológico, medio natural de incorporación a las sociedades civiles, profanas, y también a las religiones étnico-políticas, por ej. la oficial de Roma y de las distintas *pólis* o «ciudades-naciones» helénicas, queda suplantado y superado por la iniciación, que ya depende de la libre voluntad de cada individuo y que repercute en el más allá de la muerte.

Los estudios de este libro son amplios, densos, documentados y sugerentes, aunque no todos alcancen el mismo nivel, fenómeno normal en todo trabajo realizado en colaboración. Dada su altura, vale la pena apuntar algunas propuestas complementarias, sugeridas por la lectura de este libro.

1. Kalman Sass, en un estudio sumamente interesante, se inclina por el origen del chamanismo en un lugar, en un pueblo, determinados, desde el cual se habría difundido hacia otras latitudes. No obstante, creo que la extensión del chamanismo en el tiempo y en el espacio (Siberia, Hungría, Arabia, Grecia, etc., hasta nuestros días en Siberia) insinúa la existencia de un substrato chamánico, que rebrota en regiones alejadas y en épocas diferentes hasta el punto de poder, tal vez, erigirse en una de las constantes del pensamiento y del quehacer socio-religioso. El chamanismo, al parecer, rebrota cuando unas circunstancias peculiares, a impulsos del irracionalismo (o «arracionalismo» como prefieren denominarlo ahora con palabra híbrida y por lo mismo, de aceptación léxicamente heterodoxa) más intenso y en individuos de un psiquismo especial, remueven ese substrato.

2. Los estudios del chamanismo, limitados en esta obra sobre todo a las zonas siberianas y a Hungría y sus derivaciones más inmediatas, no aluden a un fenómeno afín en no pocos puntos. Me refiero a la brujería medieval. Si la conciencia de ser «bruja» no proviene de unos fenómenos similares a los del trance chamánico y sus consecuencias (viajes por el espacio; contacto con los espíritus malignos y benignos, que les comunican sus poderes sobrehumanos; su influjo posterior en la malaventura de sus convecinos, quienes tienen para con la bruja determinadas atenciones económicas a fin de congraciarse con ella, etc.), resulta absurdo que varios miles de mujeres-brujas (sólo en la Gran Bretaña) prefieran morir en la hoguera a descubrir la realidad o reconocer su falsedad.

3. Al estudiar la iniciación cristiana se hace una exposición tal vez demasiado sucinta, aunque suficiente, de la misma, así como de sus distintas vertientes, por ejemplo de sus tres momentos: el bautismo, la imposición de manos-crismación-confirmación y la Eucaristía. Se echa de menos el rastreo de huellas y datos conservados de los orígenes mismos o de las primeras comunidades cristianas; por ej. respecto a una práctica más o menos cuestionada como la del bautismo de los niños. No basta aludir a la norma de S. Cipriano (mediados del s. III) (pp. 418-419). Existía ya «en las iglesias domésticas» de los tiempos apostólicos, a juicio de los especialistas, también protestantes por ej. Joachim Jeremias, Kurt Aland.

4. Se estudia la iniciación en varias formas religiosas de Europa, Asia y África tanto en la antigüedad como en nuestro tiempo. ¿Por qué no extender el estudio a los pueblos de América en su doble vertiente, a saber, los ya desaparecidos y los actuales «primitivos»? Además, la antigüedad queda circunscrita a los periodos históricos. ¿Por qué no remontarse a la prehistoria: el neolítico e incluso el paleolítico? No son pocos los datos acumulados que permiten intuir la existencia de ritos iniciáticos a través del arte rupestre parietal y mobiliario, ya considerados en sí mismos, ya siguiendo su supervivencia en símbolos y ritos posteriores, estudiados hacia atrás o remontando el curso del tiempo.

No cabe duda de que queda materia para otros simposios sobre un tema tan importante como «los ritos de iniciación». Además se podrá y se deberá hacer como catas o estudios monográficos (ausentes en esta obra) desde diferentes perspectivas, por ej. funciones de los sacerdotes, de las sacerdotisas y del personal ayudante; libros rituales o ceremoniales que ciertamente existieron; las notas comunes a los distintos ritos iniciáticos y los diferenciales; la iniciación cristiana y la no cristiana, sobre todo la de las religiones místicas coetáneas de los primeros siglos de la Iglesia, así como en las tres ramas del cristianismo, también entre los ortodoxos—ahora preteridos—; las formas religiosas iniciáticas que subsisten ahora desacralizadas o secularizadas, etc. A pesar de sus limitaciones, algunas prácticamente inevitables, esta serie de estudios nos brinda la exposición más completa de las existentes sobre los ritos de iniciación, elaborada con rigor científico y enriquecida con una selecta y relativamente abundante bibliografía que facilitará ahondar en lo expuesto tanto en el tema general cuanto respecto a puntos muy concretos si alguien lo desea o lo necesita.

Manuel GUERRA